

Cinco años de riqueza falsa

RAMÓN BARREIRO SALAZAR

opinion@prensa.com

Llevo muchos años sin reseñar libros. Después de haber dedicado una parte importante de mis esfuerzos literarios a promocionar las obras originales de otros, llegó un momento de hastío en que me prometí no hacer una reseña más; y a pesar de que muchas veces fui tentado a escribir lo que pensaba de una obra y su mensaje —un poco decir lo que se piensa aprovechando el mensaje de otro—, me he mantenido fiel a esa promesa. Hasta ahora.



La obra que ha roto mi silencio de reseñador es *La mano que mece la cuna: las verdades ocultas detrás de los vaivenes económicos*, del apreciado economista Olmedo Miró Rodríguez. Estamos ante la compilación de artículos de opinión publicados por el autor en los últimos cinco años, todos ellos enmarcados en el análisis político y económico de las fuerzas sociales que inciden en el bienestar presente y futuro de todos los panameños.

Estamos también ante una obra de denuncia, por partida doble. Una denuncia que afecta a los políticos profesionales, y también a sus allegados, los economistas, esa nueva clase sacerdotal que reparte su tiempo entre la astrología y en pitar a favor del poder. La eficacia de esta denuncia reside en resaltar un remedio: la claridad conceptual en los temas económicos.

En estos tiempos de crisis sufrimos una doble tragedia de ficciones: la riqueza ficticia y el ahorro ficticio. Nos dicen que la prosperidad sólo requiere de nosotros consumir, y para ello, el Estado nos ayuda mediante distintas “políticas” dirigidas a estimular el consumo; también nos dicen que la prosperidad requiere de la inversión, y que esa inversión sólo necesita acceso a crédito, mientras más barato mejor. En estas cuatro líneas, se resume la receta de la creación de riqueza contenida en los discursos políticos y económicos dominantes en nuestra sociedad. Como bien indica Olmedo Miró en el prólogo de la obra, “esta manera de pensar parece lógica... de algún modo indica que nosotros podemos gastar hacia nuestra prosperidad, pero esto no suena bien. En ella algo falta pero, ¿qué es?”.

Olmedo Miró redescubre el sentido común señalando que lo que falta en esa lógica de “riqueza es igual a gasto”, es el capital. No es poca cosa. El gasto de todos no es automáticamente el ingreso de todos. El consumo supone consumir la riqueza creada, no creación de riqueza; para crear riqueza es necesaria la abstención de consumir en el presente para que esos activos se redirijan a la producción de más bienes que podrán consumirse en el futuro. Sin ahorro no hay generación de riqueza.

El ahorro no puede ser reemplazado sin más por el crédito, porque se pierde la relación fundamental entre bienes reales y la inversión; el autor lo explica de forma enigmática con el ejemplo de la construcción de una casa: un constructor sabe que necesita 10 mil ladrillos para completar una casa, e inicia la obra con el entendimiento de que tiene ahorros equivalentes a esos 10 mil ladrillos para ser invertidos; pero resulta que esos ahorros no representan en verdad los 10 mil ladrillos, sino sólo seis mil —que han sido los que efectivamente se han hecho—, lo que implica que el crédito destinado a la obra era una farsa, ya que nunca se ahorraron los cuatro mil ladrillos que hacen falta. Con 10 mil ladrillos se tenía una casa, una obra completa que adquiriría un valor gracias a que provee una utilidad como casa a los seres humanos; en este caso se crea riqueza, equivalente a una casa.

Pero con seis mil ladrillos no se completa la casa, lo que quiere decir que esa obra no es una casa y no le sirve como casa a ningún ser humano, por ende no tiene ningún valor y los seis mil ladrillos que utilizó se consumieron; en este caso se destruye riqueza. Lo peor del caso es que existen usos alternativos para los ladrillos, usos para los que muy bien podían alcanzar los seis mil ladrillos; inversiones no hechas, debido a que una distorsión en el crédito, consistente en no reflejar ahorros reales, nos hacía suponer que los recursos serían suficientes para generar bienes de mayor valor —la casa— de los que verdaderamente eran sostenibles —por ejemplo, un bohío.

Si están hartos de las incomprensibles lecciones de astrología que día a día llegan del mainstream económico y ansían un poco de sentido común, anímense a descubrir *La mano que mece la cuna*.